

ISABEL COIXET

NO TE VA A QUERER
TODO EL MUNDO

TEXTOS DE ISABEL COIXET

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

PÍLDORAS

BOCACHANCLA MENTAL

Según el *urban dictionary*, un o una bocachancla es una persona que habla más de la cuenta: una persona indiscreta y bocazas. Todo el mundo, en algún momento de nuestra vida, lo hemos sido y lo somos. ¿A quién no se le escapa un comentario soez, malvado, desafortunado o directamente una confidencia que juramos no contar jamás? ¿Quién no se ha cagado en los muertos ajenos al volante, cuando se produce un adelantamiento peligroso o cualquier tropelía de un motorista con prisa? Soy muy consciente de mi propia bocachanclería y por eso me mantengo vigilante ante mis salidas de tono, que me dejan siempre un regusto amargo, culpable y triste, que ni aun las disculpas más sinceras consiguen mitigar. También intento distinguir entre el enfado genuino que da lugar a veces a exabruptos que me parecen justificados (aunque inútiles) y los cabreos pasajeros, frutos de manías y fobias que, aunque preferiría no tener, me parece que también forman parte de la idiosincrasia de cada uno y que no necesitan más que un rato de calma para diluirse en el aire.

Pero hay un sector de la vida que siempre consigue sorprenderme por el altísimo nivel de bocachanclas que posee y que, sinceramente, pienso que debería hacérselo mirar. Me refiero al fútbol. Cada vez que abro un diario deportivo o miro las noticias deportivas en los informativos, el nivel de insultos homófobos, sexistas y racistas, las metidas de pata, las salidas de tono y la violencia en general me parecen de un nivel difícilmente justificable. Sea en la liga de Primera División, en los alevines o en los clubes veteranos, los insultos que se cruzan entre jugadores, el público entre sí, y entre jugadores y público son de una violen-

NO TE VA A QUERER TODO EL MUNDO

cia y una crudeza completamente injustificable y fuera de toda medida. Y las explicaciones de que es un asunto de testosterona, de emoción y de tensión y nervios son una pobre excusa. Un partido de Primera División no es un asunto de vida o muerte, y todo lo que se juega en él es un vago sentimiento de orgullo y pertenencia y muchos millones de euros para unos pocos. El último suceso que ha tenido por protagonistas a los veteranos del club Terrassa es realmente asqueroso: que los de un club insulten al equipo femenino de su propio club porque les iba a tocar empezar su partido más tarde es propio de una pandilla de des-cerebrados que deberían fregar los vestuarios del estadio cada día para el resto de sus vidas, que es el único castigo que se me ocurre que podría funcionar.

Señores, ustedes tienen un problema que se llama mala educación. Un problema que tiene solución: de entrada, callarse la boca y luego aprender a canalizar las emociones. Lo que hacemos los demás cuando les vemos a ustedes comportarse como cafres: insultarles mentalmente y luego pasar a otra cosa.

CAMINO A NINGUNA PARTE

Suena una de mis canciones favoritas de Talking Heads en la radio esta mañana y, mientras canturreo, pienso en todas las veces que, en una encrucijada en la vida, he sentido que todos los caminos llevaban a ningún sitio.

Hace veintiún años escribí una secuencia para una de mis primeras películas, *Cosas que nunca te dije*, donde la protagonista, Ann, recorría los pasillos de una librería buscando libros de autoayuda (tras haber pasado un rato recorriendo los pasillos de un supermercado en busca de helado, que es la escena que todo el mundo recuerda), sin encontrar nada que sintiera capaz de ayudarla en su desesperación vital. Hoy, las librerías poseen secciones enteras destinadas a la autoayuda con libros que prometen, de manera rápida, indolora y fácil, solucionar cualquier proble-

ma, desde la soledad a la depresión, pasando por la caspa o la pobreza. Estos manuales amenazan con fagocitar a los libros de filosofía, que se defienden como pueden, utilizando también colores llamativos y títulos sensacionalistas en los que se repiten como un mantra los términos «en tres días», «para siempre» y «en tu poder». A veces parece que la única diferencia entre estos es que los autores de los libros de autoayuda salen sonrientes en la foto de la contraportada, mientras que los filósofos salen invariablemente serios. Conocidas figuras de la televisión, pseudocharlatanes, hijos e hijas de semifamosos escriben sin miedo al ridículo decálogos para ser más feliz, más alto, más listo y hasta más guapo, para alcanzar el nirvana, la riqueza, la alegría y la paz y el poder mental, en cómodas lecciones que, hasta en algunos casos, permiten el acceso a una *app* para monitorizar los progresos, de haberlos. Cualquier debate mínimamente intelectual queda así rebajado a fórmulas mágicas, a soluciones instantáneas que quieren a toda costa convencernos de que basta con realmente desear cambiar para conseguirlo y que si no lo conseguimos es porque no deseamos cambiar de verdad.

Y ni la vida ni el aprendizaje son así. Vivir, vivir de una manera auténtica ni es fácil, ni sencillo ni indoloro. Requiere esfuerzo físico e intelectual, requiere sacrificio, requiere tiempo y requiere agallas. Y no existen fórmulas mágicas, ni atajos, ni secretos absurdos ni reglas que invariablemente se deban seguir. Uno debe construir su camino de vida aceptando que otros, mejores y más sabios que nosotros, estuvieron antes destilando conocimientos e ideas que sirvieron de camino a otros. El «eureka» de Arquímedes no se produjo la primera vez que Arquímedes tomó un baño, le costó muchos baños, y muchas horas y años de exprimirse el cerebro. En estos tiempos de la posverdad (el concepto que más miedo me da en el mundo), donde Zuckerberg se codea con la trilateral, hay que recordar más que nunca quiénes somos y de dónde venimos. Solo así podremos saber adónde vamos. Aunque sea a ninguna parte.

NO TE VA A QUERER TODO EL MUNDO

COSAS DE LA EDAD

Todo lo que sabemos sobre el paso del tiempo es que, por mucho que uno diga que la alternativa a cumplir años es francamente nefasta, poca gente afirma amar su edad, cuando esta es ya manifiestamente provecta. Cuando era una niña, detestaba serlo y siempre me ponía años. Ahora mismo, una ola de incredulidad me invade cuando veo lo que pone mi documento de identidad. La cifra me impresiona y, como sé que impresiona también al que tengo enfrente, procuro que quede claro que a mí misma me impresiona más. Sé que sigo viva y despierta y abierta al mundo, y que, en días buenos, alguien puede echarme dos o tres años o cinco menos. Pero espero con inquietud el día en que mi edad real me alcance y ya no me suelte: sé que está ahí agazapado, sé que llegará. Como ya dijo Montaigne en uno de sus más amargos ensayos, el problema de envejecer es que uno continúa siendo joven. Y un día, una persona arrugada, encorvada, confusa y ajena nos devuelve la mirada reflejada en un escaparate y nos damos cuenta de que no es un o una transeúnte, sino nosotros mismos. Y cuesta conciliar esa imagen que de nosotros tenemos con ese ser que se acerca peligrosamente a la fragilidad y al encogimiento.

Sin embargo, en algunos momentos, sin que lo busquemos, aparece en nosotros el niño de cinco años, la adolescente de catorce, el joven de veintitrés. Nos invade una rabia sorda que, si no fuera porque sufrimos de las rodillas, nos empujaría a tirarnos al suelo en cualquier lugar y empezar a patalear, como un niño cuyos padres se empeñan en llevar de compras a un centro comercial el día que empiezan las rebajas. Otras veces, una canción, un olor, una palabra nos llevan a otros momentos de la vida: al momento en que descubrimos a Mahler o a Bioy Casares, o a Cezanne o a los Talking heads. Por un momento, vemos y oímos el mundo con ojos nuevos y oídos nuevos. Perdemos la molesta sensación de *dejà vu*, de que, cuando los otros van, no-

sotros hemos ido y vuelto mil veces, dejamos de ser seres cautelosos, resabiados, desconfiados, se nos repliega el rictus de la amargura, se nos alisa el entrecejo. Nos elevamos por encima de los años y las maneras y las convenciones: por unos instantes brillamos sin edad y sin límites.

En mí, confieso que son más comunes los momentos de rabietta: cada vez que veo las caras de Trump, de Orban, de Salvini o de Torra, me tiraría al suelo golpeándolo con los puños con furia. No lo hago, claro está, y me limito a musitar para mí: «Pero ¿qué mierda es esta?, pero ¿qué clase de mierda es esta?». A esto nos reducen los tipos que mandan ahora mismo: no hay resquicio posible para el sentido común, la decencia, la empatía, el honor: todo lo que desearías es darles un puñetazo o varios. Supongo que la manera en que controlo mi espanto sin soltar improperios y no alzo la voz ante los extraños es la señal inequívoca de que he entrado en la madurez con muy mal paso.

TANTAS GRACIAS

El escritor Paul Auster ha mencionado en multitud de ocasiones uno de los sucesos que marcó su vida. Cuando tenía siete años, su madre le envió a un campamento de verano en la montaña. Saliendo de excursión con unos compañeros, empezó a caer una tormenta torrencial y los niños corrieron a resguardarse. Al encontrar un cerramiento de alambre, uno de los chavales, el que más corría, intentó subirse por ella, con tan mala suerte que cayó un rayo en ese momento y el niño murió en el acto. Los otros niños siguieron corriendo, y Paul Auster, pensando que su amigo aún estaba con vida, se quedó con él y empezó a observar los diferentes cambios físicos que sufrió el cadáver: la súbita rigidez, los labios morados, la mirada vacía. Paul Auster afirma que ese momento fue fundamental en su vida y en su carrera, porque fue por primera vez

NO TE VA A QUERER TODO EL MUNDO

consciente de lo efímera y aleatoria (dado que fue pura casualidad que fuera el otro y no él mismo el que fuera alcanzado por el rayo) que es la vida. Y también porque sintió un intenso agradecimiento porque el destino le había dado una segunda oportunidad, aunque se la hubiera denegado a su amigo. Desde entonces, cada mañana, Paul Auster, antes de salir de la cama y esté donde esté, dice: «Gracias». A la vida, al destino, al rayo, a su propia torpeza por no ser tan buen corredor como el niño fallecido. A menudo estos encuentros con la mortalidad nos hacen ser conscientes de lo corta y azarosa que es nuestra existencia y, al menos durante un tiempo, un sentimiento intenso de agradecimiento nos embarga y nos hace ver lo que nos rodea con otros ojos. Por circunstancias que no tienen nada que ver con tormentas o rayos, he tenido, no hace demasiado, un topetazo con la muerte y me he sorprendido a mí misma musitando, si no todas las mañanas, sí con frecuencia, no sé a qué o a quien: «Gracias». Gracias por dejarme sentir como el aire entra en mis pulmones y los abandona imperceptiblemente, gracias por el sudor y el frío y el hielo y la escarcha y los arcoíris y el barro y las puestas de sol, aunque sean solo una alucinación óptica, aunque sean mentira. Gracias por los libros y la música y las películas y la pintura y el ruido de las golondrinas y el zureo de las palomas y el ronroneo de los gatos. Gracias por los dolores de cabeza que me hacen recordar que tengo una, que soy vulnerable, que soy mortal. Gracias por esta vida a veces hermosa, a menudo terrible e inasible y ajena. Gracias por las auroras boreales, aunque duren apenas unos segundos, aunque donde vivo nunca las veamos. Gracias por el vino tinto y el champán y los zumos de manzana con limón y jengibre.

Y sobre todo, gracias por que un buen día de primavera, una chica de Salamanca y un chico de Barcelona se encontraron en una sala de baile y ya no se alejaron nunca el uno del otro y luego, años después, me recibieron en su vida. Gracias.

RAMBLAS ARRIBA

Tengo una foto con mi padre, yo debería tener cuatro años en ella, delante de la estatua de Colón.

Sonrío y él está con sus manos protectoras en mis hombros. Creo que nos la hizo uno de esos fotógrafos que andaban por entonces, en los sesenta y bien entrados los setenta, a la altura de Atarazanas, con su carrito rojo (yo lo recuerdo rojo) ofreciéndose a hacer fotos a los paseantes. De cuando en Barcelona el turismo era algo exótico e impensable. Quizás fue mi madre o uno de mis tíos. Tengo la foto, ya algo descolorida, colgada en el muro de mi despacho.

Esta tarde me acerco a Colón en metro y decido remontar Las Ramblas. Los alumnos de una escuela de jardinería están montando instalaciones de flores porque son los días de la Festa del Roser, festividad que desconocía, pero, si se trata de celebrar flores y ramos, todo me parece poco. Subo despacio. Me detengo en los quioscos, que son un auténtico vicio para todos los *lletraferits* de las revistas, cuanto más raras mejor. No entiendo muy bien qué pintan esas docenas de amuletos *made in China* que prometen fortuna y suerte en forma de pulseras, anillos, colgantes y hasta ambientadores de coche. Los turistas de Las Ramblas adoptan un uniforme que es el mismo de cualquier gran bulevar europeo: mochila, chancla, pantalón corto, palo de *selfie*.

Como si, automáticamente, dejaran en casa o en el hotel los zapatos y el pantalón largo al pisar este lugar. Un grupo de coreanos sigue a una mujer con un palito al que ha atado un pañuelo azul. Les lleva a la Plaza Real. Esta plaza también está ligada a mi infancia, a la fascinación por las cámaras, a la vez que, de muy pequeña, mi padre me trajo aquí y me dijo en voz baja que estaban rodando una película y que aquel hombre enorme sentado en una poltrona era un genio y se llamaba Orson Welles, y yo le pregunté: «¿y dónde está la lámpara?», porque los únicos genios que conocía salían de una lámpara cuando la frotabas.

NO TE VA A QUERER TODO EL MUNDO

Y a mi adolescencia, el bar Glaciar, Carmen y Potau, el intento de hacer teatro en el sótano del bar, la lucha de Potau por traer otro público a la plaza, por dinamizarla, los años donde no era aconsejable pisarla, la tienda de taxidermia que me fascinaba, las mañanas de domingo de filatelia y numismática con mis padres. La Coca-Cola con aceitunas rellenas que aún hoy me hace salivar: mi modesta e infantil magdalena de Proust. Hay mujeres con cartones plastificados que ofrecen masajes a veinte euros. Chicas que te dan folletos de restaurantes de comida latina, pakistaní, siria. Camareros con menús en ristre. Grupos que salen de La Boquería con pinchos de fruta, de jamón, de queso, zumos de colores imposibles.

Pienso que quizás algunos de ellos sepan ver qué hay detrás de tanta trampa gastronómica para turista, de tanta foto de paella congelada, que sepan distinguir entre el color y el colorante, entre lo vistoso y lo auténtico. No parece tan difícil, no lo parece...

Liceo: el momento que nunca olvidaré, cuando tuve la fortuna de ser la primera persona que filmó la platea llena de nuevo, tras el incendio. *Macbeth*. *La sonámbula*. *Lear*. *Don Giovanni*. Ese temblor dorado, ese cosquilleo anticipatorio que se siente siempre en el vestíbulo del Liceo.

Entro en una tienda de revistas donde, desde hace años, siempre encuentro tesoros que no se pueden encontrar en ningún otro lugar. Salgo con cuatro revistas después de ojear más de cuarenta. La encargada de la tienda me sigue ya en la calle. Me dice que le hubiera gustado enviarme un vídeo de su madre, que acaba de fallecer, se emociona, se disculpa. No hay de qué disculparse, le digo. Su madre, que creció en estas mismas Ramblas, que fue abandonada nada más nacer, que luchó contra viento y marea para que el pasado no oscureciera su vida ni la de su hija, que para siempre estará ligada a estos adoquines, a este lugar. Lloro. Lloro. Nos abrazamos. En un instante fugaz, esta mujer me ha vuelto a recordar que Las Ramblas son el corazón y el estómago y la historia viva de esta ciudad. Y el pulso también de mi vida.

DICKENS TENÍA RAZÓN

Los amigos, los buenos, los de verdad, son como las vigas del edificio que es nuestra vida. Aunque no los veamos a menudo, aunque nos olvidemos de sus cumpleaños o incluso cuando no asistamos a los funerales de sus seres queridos, sabemos que están ahí y que no hace falta que digan «estoy aquí para lo que necesites», porque realmente están. El hilo que une a los amigos es capaz de resistir avatares y faltas y hasta errores de bulto. La profundidad de una amistad no puede juzgarse por la proximidad o la regularidad en la comunicación, sino por la generosidad con la que cada uno acepta las faltas del otro. Es una manera de sentirse humano, vulnerable, aceptado: los amigos nos aceptan como somos porque nosotros también los aceptamos a ellos en un *pack* completo, aunque nos molesten sus tics, alguna manía o incluso cuando no nos pongamos de acuerdo sobre la bondad de las croquetas de un bar o la genialidad de Xavier Dolan, la amistad es capaz de remontar desacuerdos profundos, disensiones, criterios diametralmente opuestos.

Las mejores amistades evolucionan con el tiempo, y es tan fácil retomar el hilo de una conversación de hace seis años como continuar un diálogo que se empezó ayer. Otro signo fácil de reconocer la amistad es la alegría que nuestros éxitos producen en nuestros amigos y la manera en que nos acompañan en los fracasos.

Fechas como fin de año o Reyes nos hacen sentir de una manera casi palpable la ausencia de los amigos que se fueron. Las celebraciones compartidas, los momentos felices y tensos y complicados porque en el camino de vida de una amistad hay de todo. Si cierro los ojos, puedo ver, en esta misma habitación desde la que escribo, los brazos alzados de mi amigo Potau, que cada fin de año nos ofrecía su peculiar coreografía de orangután enloquecido tras la cena en la que había mirado sospechosamente todos los alimentos que no conocía y se negaba a comer. Le

NO TE VA A QUERER TODO EL MUNDO

veo sentado a la mesa, brindando con Coca-Cola, mientras retiraba la grasa del jamón o el queso del pan. Le puedo oír animando a todo el mundo a bailar con la alegría de un niño friolero de diez años, con el gorro de lana puesto, mientras los demás sudábamos e insistíamos en abrir la ventana. Veo su cara compungida cuando llegaba sin ningún regalo porque nunca sabía que comprar, y el cabreo que pillaba cuando le llamábamos «Mister Scrooge», mientras protestaba diciendo que él prefería hacer los regalos en otro momento, a lo que nosotros contestábamos que su momento era más bien nunca. Y su presencia se funde con el fantasma de las navidades pasadas, de las presentes y de las que vendrán, porque sé que cada Navidad y cada fin de año me acordaré de él y le veré en las latas de Coca-Cola y en las rodajas de naranja y en los huesos de cereza. Porque, aunque ya no esté, cuento y contaré siempre con él y he comprendido por fin que ese es su regalo.

EL ATARDECER, MÁS CERCA

Tengo una amiga que no ha perdido la fe en la humanidad. O sea, que sigue buscando el amor en todos los *sites* que unen parejas, cruceros de solteros, reuniones de *singles*, hasta está pensando en presentarse a *First Dates*. Reconozco que no la disuado de ninguna de estas aventuras, porque constituyen para mí una inagotable fuente de esparcimiento vicario. No hay semana que no conozca a alguien nuevo que esta vez sí que parece la persona ideal, el ser humano que la cogerá de la mano y «bossanoveará» con ella rumbo al atardecer, como dice «So nice», su canción favorita. Pero las semanas pasan y un buen día, cuando la llamo, después de un rato de hablar de esto y aquello (desde el corsé de Wonder Woman hasta el último ensayo sobre el narcisismo que hemos leído al mismo tiempo), indefectiblemente pasamos al tema de su búsqueda del compañero ideal: «¿Qué fue del tipo con el que saliste hace un par

de semanas?». «¿Cuál? —dice ella—, ¿el del taller de aeromodelismo?». «No —digo—, «el de la madre echadora de cartas». «Ah, ese... un perfecto imbécil». «¿Y el del taller de aeromodelismo? Este es nuevo, ¿no?». «Otro imbécil —dice—. Mañana salgo con un ingeniero belga, un tipo muy interesante, ya te contaré». Pasan los días y cuando volvemos a hablar el ingeniero belga ya ha sido olvidado y su puesto tomado por un camarero macedonio o un entrenador de yoga de Donosti. Que serán calificados *ipso facto* de imbéciles o de cretinos. Admiro la capacidad de mi amiga de no renunciar a esta búsqueda incesante, de seguir en ella con una moral a prueba de bombas, inasequible al desaliento y siempre, en cada encuentro, creyendo que este es el definitivo.

Por otro lado, estamos hablando de alguien bastante atractivo, perfectamente independiente, económica y socialmente, capaz de irse sola al fin del mundo y que, al menos aparentemente, no precisa de nadie más para sentirse «completa».

Muchas veces me he preguntado si algún día se le acabarán las ganas de buscar pareja, si se resignará a esta soledad en la que parece sentirse cómoda pero de la que lucha por escapar. Sospecho que mi amiga ha convertido esta búsqueda en el motor de su vida. Un día, hace poco, me atreví a preguntarle si merecía la pena tanto esfuerzo y tantas cenas en sitios mediocres con hombres que no le llegaban a la suela del zapato. Su respuesta fue que por supuesto que sí, que lo importante no era el destino, sino el viaje y que, tras cada desencuentro, volvía a su casa aliviada y confortada con la idea de que era muchísimo mejor estar sola que mal acompañada, aunque volvía a salir a la caza con ganas renovadas.

Me temo que, en la residencia de ancianos en la que iremos a parar dentro de unos años, mientras yo aprendo por fin a hacer sudokus, ella continuará en busca de alguien con quien bailar bossa nova hacia el atardecer, pero esta vez el bailarín tendrá una artritis de caballo y el atardecer estará mucho más cerca.